

PASEO POR LA VIDA PERDULARIA DE PEDRO COBOS

VICTORINO POLO GARCÍA



CONOCÍ a Pedro Luis hace bastantes años, en circunstancias escasamente literarias, aunque sí relacionadas con el mundo de la educación y la enseñanza, habida cuenta que en aquellos años mi preocupación básica era profesional y la profesión apuntaba al blanco casi obligado de la docencia, principal vía de salida para los Licenciados en las Facultades de Letras que, ni entonces ni ahora, solían ser gran cosa.

Fue una conversación hartamente seria la que sostuvimos camino de la estación del ferrocarril. Y sólo muy cerca ya del final de nuestra charla vinimos a descubrir que la literatura pudiera ser nuestro *violín de Ingres* particular. Quedamos en volver a juntarnos para hablar de libros y otras dolencias no menos preocupantes, si bien aquella reunión prometida jamás se produjo, ignoro si

para bien o para mal. Con el correr del tiempo, casi como en la canción de “Casablanca”, volvimos a encontrarnos, ahora ya él convertido en escritor de prestigio y yo haciendo mis primeros pinitos de profesor en cierto grado iconoclasta, porque me gustaba llevar a los escritores vivos a las aulas, para que se sometieran al tercer grado de los alumnos y para que los estudiantes gozaran del privilegio de conversar con quienes eran los autores de los libros que a diario manejaban en su cotidiana labor.

El resultado de la experiencia fue, ante todo, refrescante, por la soltura del escritor, por sus tablas indudables, por su don de gentes y por la viveza de su carácter e ingenio rápido y agudo en las respuestas. Se lo dije al final, que lo más impresionante para mí no era su capacidad fabulosa o poética, sino la maestría del manejo del lenguaje de la que hacía gala.

Ello nos condujo por los vericuetos de la exégesis y de la crítica. Yo, insistiendo en que lo que verdaderamente salva a los escritores es su condición de tales, antes que cualquier otra virtualidad. Él, desde la modestia que exhibía sólo ante los amigos y si la reunión no era demasiado numerosa, vacilaba al defender que el escritor como tal, escuetamente, no existe, porque se es *poeta, narrador, ensayista*, etc., como consecuencia natural de la vocación de escritor. Así pasamos largos minutos en diálogo que repetíamos a la menor oportunidad, con una encomiable fijeza de posiciones por ambas partes, pero con la pertinente apertura mutua para considerar que el otro pudiera tener razón, aunque se nos ocultaran sus razones.

Sea como fuera, el caso es que un día me habló de “La vida perdularia” y yo me entusiasmé desde el principio, por causa de algo que pudiera parecer trivial, pero que el autor retuvo como importante: el título. Y dentro de él, la palabra “perdularia”, precisamente puesta en femenino y aplicada a la vida en su conjunto, si bien concretada en determinado y bien definido tipo de vida, donde “la ética del compromiso y la pareja” tanta relevancia tiene. A partir de ahí establecimos un

fecundo contrapunto de especializaciones selectivas, aunque ahora más concordantes entre sí y de cara a la presencia pública de nuestras opiniones. Yo le insistía siempre en que se trataba de un libro proteico, calificable de todo o de nada: hasta tal punto y en tal medida la cuestión de los géneros literarios —en la que creo cada vez más, dicho sea de pasada, pero con toda precisión y convencimiento— es fluida y versátil. Razones hay más que suficientes para calificarla de novela, sin ir más lejos, alegando sólo las razones de Pío Baroja y su “cajón de sastre”, el espejo a lo largo del stendhaliano camino, incluso los propios fundamentos teóricos de alguien tan clarividente como Wladimir Weidlé.

Pero igualmente puede ser tildada de ensayo, habida cuenta de la cantidad y calidad de teoría expuesta a través de sus textos, sin apenas notas a pie de página, de manera que la erudición a todas luces existente no se traduce en aparato crítico y conjetural, antes bien, se revela como auténtica y decantada cultura, que infunde todas las páginas, pero que aligera el conjunto de las pesadeces propias de las investigaciones académicas. Item más, ¿por qué no calificar el libro de “historia”, cuando se trata de una auténtica “historia del país murciano”, hoy autonomía, pueblo por pueblo, punto por punto, casi persona por persona, con todo el rigor, la gracia de concepto y la versatilidad lingüística que el caso requería?

Por otra parte, y viniendo más y mejor a los predios literarios, se me antoja un excelente libro de viajes, realizado de la manera más tradicional y con el corte mejor sesgado de tales libros, cuyo cenit lo alcanzó el siglo XIX y no precisamente por parte de escritores españoles: elementos exóticos aparte, fueron los extranjeros, franceses e ingleses sobre todo, quienes mejor describieron los usos y costumbres de nuestro pueblo a través de su geografía. La intención no puede ser más clara y así lo indica el autor ya desde el principio: don Jeremías, otrora Macero del ayuntamiento de Cañete, *recorre* el reino de Murcia en busca de la liebre lunar para pedirle una gota del elixir de la inmortalidad que ella fabrica. Es ciertamente un viaje real a través de un territorio, pero del que interesa destacar una también muy clara idea histórico-cronológica, al insistir en lo de reino.

Será necesario aguzar un poco más el ingenio crítico para encontrar un claro antecedente, literario también, allá por nuestra edad de oro —que también es gana de grandilocuencia, conociendo lo que en ella sucedió, llamar de modo tan

áureo— en el libro conocido como “Lazarillo de Tormes”, iniciador de una saga especialísima llamada “novela picaresca”, de la que tan orgullosos se han sentido siempre algunos críticos al decir que era el capítulo literario más original creado por los españoles: también aquí son ganas de presumir, cuando lo pícaro, lo marginal y escurridizo ante la ley constituyen el meollo de su invención. En todo caso, el libro de Pedro Cobos es una auténtica “novela picaresca”, que responde a todos los condicionantes y exigencias del género, y que destaca sobremanera por los personajes y por la lengua utilizada, en algarabía sutil y tamizada.

Sin embargo del de Tormes, a mí me suenan más otras páginas y otras palabras, cercanas en el siglo, igualmente protéticas y escurridizas, siempre deslumbrantes, desde la belleza luminosa hasta la falta de luz que alumbra otro tipo de belleza. Me refiero a las “Andanzas del nuevo lazarillo”, de nuestro reciente Premio Nobel Camilo José Cela, el gran renovador de la lengua, en la línea de Valle-Inclán y, sobre todos los demás sin excepción, don Francisco de Quevedo y Villegas, el amargado feroz de la Torre de Juan Abad. Hay mucho de Cela, por fortuna, en la obra literaria de Pedro Cobos, de manera especial en esta aperreada y sorprendente “Vida perdularia”. Que no en balde está citado el autor de “La Colmena” en las páginas de presentación, cuando se dice que “el autor riza el rizo de erudición, frescura, acritud y estilo ya que, como dijo Camilo José Cela, cuando Pedro Cobos escribe, hace literatura”.

Vamos a retener la idea última de la cita; pero antes, no estará de más, como aviso para navegantes, contar algo que sucedió en febrero de mil novecientos ochenta y ocho, en la ciudad de Murcia, a propósito de unos encuentros literarios, de los que tanto reniegan los escritores y a los que tan aficionados somos quienes siempre de la literatura esperamos algo. En efecto, se trataba de inaugurar el Curso “Escribir en España”, segunda parte de la revisión que hacíamos de la literatura en el mundo hispánico con vistas a los eventos centenarios que se avecinan, y fue D. Camilo el invitado para tal acción. Mi amistosa sorpresa fue grande cuando aceptó, *gratis et amore*, venir por estos pagos a conferenciar como lo hizo, con una organizadísima, erudita, apretada de doctrina, inteligente y académica —en el mejor de los sentidos posibles— conferencia, que versó acerca de “Literatura, pensamiento y libertad”. Conocedor Pedro Cobos de la

venida del maestro de las letras español, me hizo saber su deseo de conversar un rato a solas y llegamos a la conclusión de que, lo mejor, sería cenar o comer con el susodicho, de manera que el ánimo se predispusiera desde el principio a la benevolencia y al amable diálogo.

¡Cuanto nos reímos Pedro y yo de un montón de intelectualillos del lugar, plumíferos o no, que nos privaron de su presencia entre las más de mil personas que abarrotaban el aula de la conferencia! Pero bromas aparte, el caso es que terminamos invitando a Pedro a la comida de mediodía, con la mejor disposición por parte de D. Camilo y el agradecimiento tanto en presencia como en ausencia del entonces todavía abundantemente proporcionado Camilo José. El yantar fue una auténtica delicia, por el ingenio, la sutil inteligencia, la palabra pronta, la ironía afiladísima, el humor de todos los calibres y las pequeñas lecciones magistrales que, no sólo en literatura, recibimos todos de la inagotable fuente galaica. Contentos y felices salíamos del hotel y Pedro, siempre lúcido con su historia y la de los demás, me reconocía su sorpresa frente a la palabra magistral de Cela al que, decía, se le puede acusar de muchas cosas, entre ellas la de ser uno de los más grandes escritores de este país. Nobleza obliga y justo es reconocer lo evidente.

De ahí mi aseveración de las coincidencias entre ambos escritores, además de otras causas, porque ambos tenían en común su pasión por la letra impresa, por ser escritores antes que cualquier otra cosa, por su amor a la palabra que es capaz de recrear la realidad, de inventar una nueva o, nada más y nada menos, encerrar en unas cuantas letras bien colocadas todo un mundo de pensamiento y sensibilidad, para gozo de presentes y futuros, sin discriminación.

Compartían una pasión por el arte de la escritura, y en estos casos resulta particularmente difícil establecer distingos genéricos y vaguedades clasificatorias. “La vida perdularia” es un monumento levantado a la palabra, desde muy peculiares perspectivas, sin obviar los más ocultos recovecos y vericuetos del vivir humano, no siempre académico y de versallismos envolventes. Me gusta compararlo con otro libro, distantes ambos por muchas implicaciones vitales y de intelectualidad, es indudable, pero también coincidentes en la palabra monumental y protagonística. Me refiero a “Escuela de mandarines”, tan citada y escasamente leída por los murcianos, que deberían tener en él un libro de cabecera para leer a pequeños sorbos y gozar a grandes

tragos. Noto ese amor lingüístico tantas veces repetido. Si a los dos libros les quitamos la pequeña anécdota o truco literario en que se apoyan para seguir adelante y no convertirse sólo en libros de historia o ensayo ¿qué es lo que queda, sino una catedral de palabras, muchos más griegas las de Miguel Espinosa, mucho más árabes y musulmanas las de Pedro Cobos? Lo que viene a evidenciar, una vez más, que la palabra creadora está por encima de cualesquiera circunstancias históricas y culturales de los escritores y los libros.

Hacer literatura, claro está. Es decir, transfigurar el mundo desde sus raíces y para la eternidad. Veamos algunos sustantivos de los que tanto puede predicarse en el libro: *erudición, frescor, acritud y estilo*. Apenas merece la pena el comentario, hasta tal punto están claras las posiciones y exigencias. La erudición es precisa, en libro de historia, como poso en el que sustentar todos los posibles juegos verbales, porque aquí se camina, sobre todo, hacia la intrahistoria unamuniana. El frescor y la acritud pueden ser dos actitudes entre vitales y de caracterización de mundos artísticos, cercanamente literarios, como dos arroyos que, a no dudarlo, acabarán con sus aguas en los lagos del estilo.

Y esto es lo que, al cabo, mejor define el discurso literario de Pedro Cobos, una insobornable voluntad de estilo, con sello tan personal, que lo hace de todo punto intransferible. Leamos un poco:

A mí, si be de serle sincero, no hay nada que me guste más que sondear el estado de opinión de las señoras. Es la regla de oro del político.

—Ya.

—Y a la mía, cuando se la presente, ni mentarle Turquía, ¿eh? Bastante tuvimos.

—Ya, ya.

—¡Y tanto que ya, ya! No hay quien le meta en la cabeza que soy un hombre público. ¡Mire, allí están!

Porque regresamos siempre, no a la contrahistoria, sino a la mejor caracterizada intrahistoria o, como debería ser más correcto, a la historia de cómo los pueblos la hacen, en modo alguno como nos la cuentan los historiadores al uso académico de métodos y otras zarandajas. Y ya que andamos en la cosa pública, bajo la égida de lo público y notorio, podríamos anotar este precio-

so diálogo, ejemplar y repetido cuantas veces fue necesario:

—Aquí don Jeremías y su ayudantes, dos republicanos. Aquí don Antonio José, ministro de Exteriores, y don Cucufate, ministro del Interior.

—Mucho gusto.

—El gusto es nuestro.

Tonterías que se dicen y se dirán, manifestación puntualizadora... que también la apetencia de gusto es gusto ya de por sí —escuela idealista de doña Simona— simple deseo de gusto al no poder ver el gusto realizado, que sólo vale lo que se paladea, toca y sacude calambre al espinazo —escuela materialista de doña Esmeralda Tuffot—.

—¿En qué piensa?

—Pienso en el gusto.

—¡A ver, ginebra para estos señores!

El señor presidente era de la última escuela.

—¡Qué borrachera es la política, amigos; similia similibus curantur!

El ministro don José, en seguida se veía que era hombre de letras.

—¿Eh?

—Nada, que beba usted, que es a costa del Gobierno.

Luego me contó el Macero que los ministros de Exteriores aprenden Latín:

Don Cucufate —llámame Cuquí cuando no sea oficial— le leyó el pensamiento a D. Jeremías.

Como ejemplo de esa voluntad de estilo, puede ser elocuente y demoledor al propio tiempo. Y así es todo el libro, para nuestro bien y placer. Libro que ha sido calificado como el texto “mágico, amargo y divertido que le estaba haciendo falta a aquella Autonomía”, opinión que no discutiré, si bien me interesa destacar que lo de mágico pueda responder a una dimensión publicitaria y de moda, apta para la venta de ejemplares, pero menos sería de cara a la definición y porvenir “estético” del libro, sea novela, tratado de historia o conjunto brillante de ensayos.

Sin embargo, los adjetivos “amargo” y “divertido” interesan mucho más, porque apuntan al meollo mismo de la obra, intemporal en sus

planteamientos estéticos, acendrada en su historicismo de la mejor ley, pero siempre monumento de la lengua y hacia la lengua convergente. Es un libro particularmente amargo, sin duda, porque la dimensión “perdularia” que lo caracteriza no otra cosa que amarga podría ser; pero, del mismo modo, la diversión está garantizada sólo con elegir la variopinta galería de personajes, su extracción social genérica y el talante con el que se les hace vivir en sus páginas. Sucede, además, que los tonos literarios elegidos por Pedro Cobos dependen en gran medida del humor, en ocasiones amargo y negro, a veces blanco y provocador de la risa franca sin tapujos ni arrebujamientos.

Y en punto a lengua, imagen, vocación de estilo, ligereza, gracia expresiva, amargura-dulzura del escribir y tantas cosas más, vamos a calibrarlas en el final y en el principio del libro. Dice el narrador cuando se decide a terminar:

El Macero apretó el paso. Las cabrillas, “que son como unos albelíes y como unas flores”—ay, Sancho Panza panzón, y qué buen ojo— brillaban en el cielo sobre los tejados de Legazpi.

Quizá no apareció la ilusionada “liebre lunar”. En su campo están las estrellas, con la nota poética asegurada para el cierre. Pero allá atrás, en el principio, deja escuchar el narrador de la plaza:

Como el Macero era por aquel entonces mi maestro, tampoco iba a tirarle cuchillada. A los maestros no hay que discutirles. A los maestros se les toma o se les deja, lo malo es andar sin ellos, que no hay eximente. Porque antes de aprender, aprender la manera de aprender, que para todo hay reglas.

A no dudarlo, se trata de una gran lección, como del maestro que fue el escritor Pedro Cobos. Quizá conviniera su lectura, tanto a los aprendices, que maestros suelen creerse en todo, cuanto a los alevines de escritor, tan azacaneados como andan preparando sus premios y glorias publicitarias, siendo que todavía no aprendieron con soltura los modos de aparejar los libros, bien dispuestos para la imprenta.